

## LA INFORMACION CIENTIFICA, PIEZA CLAVE DE LA INVESTIGACION

**E**N las disciplinas de corte experimental como humanístico y aun tecnológico, el conocimiento previo de los materiales existentes, impresos o inéditos, localizables con mayor o menor fortuna, constituye un elemento esencial de enjuiciamiento previo antes de ahondar en campos afines o propios, con originalidad y responsabilidad. Pero mientras en las ciencias experimentales y meramente técnicas la noticia, y más, si erudita, por fuerza ha de ser esquemática en su referencia como en su contenido, en las ciencias humanas y sociales, las pertinentes alusiones a las autoridades son, además de una obligación moral, un reconocimiento profesional, tácito y respetuoso, pese a las diferencias de hoy, para sus autores, de antes, de hoy y, si acaso, de mañana.

Indicio revelador de los momentos presentes es la importancia que ha cobrado la Información. Y con la información, la precisión y localización de aquellas fuentes documentales, pretéritas o de hoy, cuyo manejo y uso ha de facilitar y favorecer las inquietudes intelectuales del hombre de hoy. Esta importancia es reconocida a escala ministerial. Raro es el país que no cuente con un estamento coordinador de la información, verbal, escrita o televisiva, pues aun cuando los “públicos” son diferentes, la proyección de la noticia es siempre la misma.

Que no sorprenda que en nuestro titular asociemos a dos eruditos y a dos periodistas. La erudición y el periodismo son, salvados los niveles, en cierto modo complementarias, pues si sus horizontes son “distintos” en mentalidad y formación, el hecho de que los eruditos, u hombres de ciencia, aparezcan con cierta periodicidad —y no es redundancia— en las páginas de los diarios y semanarios, confiere un cierto parentesco que somos los primeros en reconocer y aplaudir. Un parentesco intelectual que lleva camino de un estrechamiento mayor con la llegada a buen término de los planes conducentes a elevar a rango facultativo los estudios de periodismo. Con tal motivo puede decirse que la función magistral, docente o investigadora, ensancha su radio de acción, al margen propiamente de las aulas o de los gabinetes o seminarios y llega a todo el país.

\* \* \*

En un trabajo memorable del profesor Albareda (*Consideraciones sobre la investigación científica*, Madrid, 1951, págs. 85 y sigts.), se leía que

“la bibliografía es un problema esencial en la investigación, problema que se aborda con sus complicaciones recientes, sin que la magnitud de sus dificultades pueda justificar eludirlo”. Estas palabras, que igualmente hubieran podido atribuirse a algunos de nuestros eximios maestros, Ramón y Cajal, Menéndez y Pelayo, etc., han sido recientemente sancionadas por el profesor Lora Tamayo (*Un clima para la ciencia*, Madrid, Ed. Gredos, 1969, pág. 63), quien, luego de señalar los vicios en que puede incurrirse, y con frecuencia sucede así, declara: “... cualquiera que sea la naturaleza del tema que haya de ser motivo de estudio, directamente promovido por una personal curiosidad científica o fruto de una orientación superiormente dirigida, el investigador, a la vista de él, ha empezado por reflexionar sobre el plan de trabajo. Ello exige un previo conocimiento bibliográfico de los antecedentes del problema, sin que en ningún caso pueda omitirse, en evitación de descubrir nuevos mediterráneos o empezar a andar con una información defectuosa en principios y en técnica”.

*El Economista* (Madrid) de 17 de mayo de 1969, págs. 1.271-72, dice a este respecto: “De Gran Bretaña procede la noticia reveladora de la importancia que la documentación científica y técnica cobra actualmente en la tarea de llevar a cabo, con fruto, trabajos de investigación y, por consiguiente, de promover el desarrollo industrial. La falta de documentación se ha traducido —cifras relativas al ejercicio económico de 1962— en un dispendio injustificado de medios económicos, equivalente al dos por ciento de las cantidades invertidas en programas de investigación y desarrollo. Se han realizado trabajos que un adecuado Servicio de Documentación hubiera revelado como innecesarios por haber ya sido realizados con anterioridad...”. La cita es más larga, pero para muestra de la importancia de este servicio basta y sobra, más todavía en la tecnología que en las humanidades y ciencias sociales.

Pero aunque estos problemas son universales, volvamos a España. Entre 1951 (profesor Albareda) y 1969 (profesor Lora Tamayo)..., toda una pléyade de disciplinas que alberga el árbol del Consejo —todas no, ciertamente...— han tratado, haciendo a veces un alto en su discurrir cotidiano, de situar, mediante corpus sistemáticos, su acervo cultural, no tanto como una mera recopilación cuanto por facilitar una ayuda orientada y una consulta, tutelada, al usuario, estudioso o estudiante que reclama, con exigencias de hoy.

Las causas motivadoras de estas exigencias son múltiples. Destaquemos algunas de ellas, que pueden ser más o menos sintomáticas. La masificación de los estudios universitarios es una de ellas. Y, claro, unida a ella es el frecuente desamparo cultural en que se encuentra el postgraduado, factor esencial, por cuanto constituye el engarce entre el magisterio profesado y el futuro. Otra de esas causas radica en las dificultades

en acceder a la información, de suyo tan desperdigada en revistas profesionales del país y de fuera. Contados son los centros que pueden ofrecer amplia facilidad de consulta, pues a falta de dotaciones adecuadas, la consulta en otros organismos y, en último caso, las suscripciones personales pueden colmar, en principio, esas lagunas. Una tercera exigencia, obligada y cada vez más apremiante, es la aproximación interdisciplinar que rompa el habitual aislamiento, “encastillamiento a veces en torre de marfil”. El conocimiento y comparación de textos, métodos, técnicas de trabajo, etcétera, en distintas disciplinas más o menos interferentes o cabalgantes ha de “provocar” una relación y posibilitar, con un “clima para la ciencia”, el vislumbre mismo del trabajo en equipo. Si las razones precedentes no bastasen para justificar esas exigencias, existe otra, más generosa si cabe, a pesar de las “pequeñeces”... tan habituales: la ayuda y asesoramiento al extraño al país o de la región que quiere conocer aspectos peculiares de nuestra cultura y busca “ab initio” un medio de acercamiento, una información veraz y desinteresada, un camino para echar a andar. Si es cierto que nada enseña más que la propia experiencia, curtida de golpes y zancadillas, también lo es que en los primeros pasos un mentor, tutor o como se llame es casi siempre obligado. Aunque eso sí, sin pleitesías excesivas. “El abuso de autoridad en los maestros es causa de la actual crisis de la juventud”, dice el profesor Jacques Bousquet, en la conferencia inaugural del Ciclo sobre Ciencias de la Educación, en la cátedra de Expansión Universitaria “Barrié de la Maza”, pronunciada en la Casa de la Cultura de La Coruña, y que recoge *La Vanguardia Española*, de Barcelona, en su ejemplar del 18 de febrero de 1970, pág. 7.

Masa de alumnos, escasez de medios. La escasez es igualmente extensible a las personas que tanto en la docencia como en la investigación puedan encauzar las inquietudes escolares. Hace unos catorce meses, el entonces director general de Enseñanza Superior e Investigación, profesor Federico Rodríguez y Rodríguez, decía así: “Necesitamos 26.000 profesores y sólo tenemos 8.000, contando los adjuntos y ayudantes...”. Y, luego remacha: “según el índice de crecimiento de la población universitaria, hacen falta 140 profesores más cada año” (declaraciones a *YA*, recogidas por *La Vanguardia Española* de 18 de abril de 1969, pág. 7). Si el magisterio no anda sobrado de efectivos, tampoco el profesional de la investigación ofrece una cifra boyante. “Por cada mil titulados universitarios hay en España once investigadores”, según la revista *IQ*, que recoge *La Vanguardia Española* de 29 de mayo de 1970, pág. 8. “Nuestra tasa de investigadores es todavía muy baja. El porcentaje de siete investigadores por cada 100.000 habitantes es suficientemente expresivo a este respecto”, afirma el subsecretario de Educación y Ciencia en la sesión de clau-

sura del Pleno del Patronato "Juan de la Cierva" (YA de 20 de junio de 1970, pág. 42).

Si falta profesorado y faltan investigadores, entonces ¿quién va a capacitar, de manera adecuada y responsable, las apremiantes necesidades del mañana... Del hoy ya? ¿Cómo se va a canalizar la información con el conocimiento y manejo al efecto de la documentación pertinente, y de las técnicas obligadas, hacia trabajos ulteriores?

Por otra parte, el alumno tradicional no es únicamente el estudioso. Además de los postgraduados, el acceso de nuevas masas a los centros culturales superiores, en ocasiones con menor bagaje intelectual, requiere aplicación de métodos y técnicas más depuradas al caso. Si todos sabemos, y dudamos, de la eficacia de los cursos selectivos, al menos los afañes de la divulgación y de la especialización sí que han de llegar al alcance de todos. Y medios, en paridad, no faltan. Si Feijoo constituye todo un símbolo y como tal es uno de los incentivos que en aras de la divulgación científica ofrece, con su Premio anual, la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, la existencia, también, de un Premio "José María Albareda" de periodismo científico sanciona una vez más inquietud.

Una inquietud que ha sido removida, indudablemente, por el mayor grado o nivel de vida de la población, y a la cual tanto ha contribuido la popularización y los progresos de los medios de información de masas. El influjo de la radio —la revolución del transistor que se ha dicho— y de la televisión, de la informática, etc., han originado una verdadera renovación, donde el ansia de saber es, meta abierta a todos los niveles, una de las exigencias del mundo de hoy. Si abiertamente así lo reconoce la Ley de Educación General recientemente aprobada en las Cortes y las normas aplicables al uso en el Libro Blanco de Investigación que se anuncia han de sancionar, al parecer, ese reconocimiento a la problemática que aquélla encierra, en ambos casos, la resultante es clara: ensanchamiento de los niveles culturales, promoción de la inquietud informativa, servicio del país. ¿No resulta un tanto sintomático a estas alturas la reunión constitutiva, en Madrid, de la Comisión Nacional Española de la Asociación Internacional de Estudios e Investigaciones sobre la Información, con sede en Capitán Haya, 22 (Madrid-20)?

\* \* \*

En el ámbito de la vida profesional, el constante crecimiento de material científico es una de las realidades fehacientes. Esta realidad es común a todas las disciplinas que, naturalmente, con una incidencia, diferenciada en razón a su propio contexto requieren una variación documental por demás variada. En las ciencias humanas y sociales, las Bibliografías,

Colecciones, Inventarios, Guías, etc., son obligadas, lo mismo que los Catálogos, etc. En las ciencias tecnológicas y experimentales, el “vaciado” de las revistas, como en aquéllas, las clasificaciones sistemáticas, los ficheros de trabajo, etc., son imprescindibles. Un vaciado que no puede ser hecho de manera fortuita. La propia reseña crítica de la obra por un profesional de la misma formación o semejante puede constituir, ciertamente, una sagaz pista de trabajo que facilite la metodología del investigador novel y ratifique la directrices perseguidas por el veterano, máxime si es extraño al país.

Fuera de los centros de trabajo, la preparación de una información documental es casi siempre obra de individuos aislados por naturaleza, propensión o por otras razones. Entonces, su tarea, no siempre reconocida, forzosamente peca de lenta con lagunas que en modo alguno, a fuer de objetivos, pueden imputársele. En último caso, se les puede responder con las palabras de Muñoz y Romero, ya en 1858... Decía así el gran erudito: “La utilidad de los trabajos bibliográficos las reconocen casi todos, pero las fatigas que cuestan sólo las saben las personas estudiosas y las que se dedican a investigaciones históricas literarias. Así, no es de extrañar que algunos ignorantes desprecien este género literario, como si fuese posible levantar un edificio sin andamios y construirlo sin materiales. A éstos les contestaré con las palabras del sabio jesuita Burriel: “A quienes forman una biblioteca, sucede lo mismo que a quien levanta el mapa de un reino o de una provincia. Por más cuidado que ponga, es preciso caer en algunos yerros. Siendo tantos los lugares, ríos, montes, etc., y no pudiendo registrarlos todos por sí mismos, con todo eso cualquier rústico puede notar en el mapa el yerro que se cometió en la situación de su lugar o su río. De aquí nace cuán necio es quien se gloria de hacer tal o cual reparillo en obra semejante”.

La cita, un poco larga, es de plena actualidad aplicable a cualquier disciplina. En toda iniciación es preciso recurrir a esas recopilaciones masivas o sistemáticas, plenas de sentido crítico, por más que este último sea ya privativo del autor o del equipo coordinador. Con el transcurso del tiempo y el entusiasmo inicial, siempre renovado pese a las dificultades de todo orden habidas, el esfuerzo a la larga ha de constituir, por fuerza, un “monumento” de consulta y orientación realmente singular. No le falta razón a Juan Ramón Massoliver en su artículo “Del impagable servicio de los bibliógrafos”, publicado en *La Vanguardia Española* del jueves 26 de octubre de 1967, pág. 56, cuando alude a estos temas, eruditos en su caso.

Hasta ahora, la mayoría de las veces, la reunión de una documentación ha sido un típico trabajo de artesano, de benedictino diríamos mejor, poco comprendido y, además, escasamente valorado. En nuestros días, las cosas han cambiado, al menos en los medios para llevar a cabo seme-

jante operación a tenor de los cuantiosos medios financieros que determinados centros estatales o de la empresa privada poseen, con un personal incluso dedicado expreso a esa tarea. En la presentación del *Boletín de Documentación del Fondo para la Investigación Económica y Social*, que publica la Confederación Española de las Cajas de Ahorros (volumen I, fascículo 1, enero-marzo 1969, pág. 5), José María Desantes dice: "Hoy la tarea de la documentación constituye una profesión científica en sí misma que está al servicio de las investigaciones especializadas. Existe toda una complicada técnica documentalista con organización de tipo internacional y con procedimientos peculiares de trabajo. Nos movemos en uno de los campos en que la cibernética ha abierto más fecundas posibilidades de perfeccionamiento".

Estas palabras, y los ejemplos podrían multiplicarse, hablan por sí solas. El mero hecho de que la Fundación March haya concedido este año, por vez primera, una de sus Ayudas bianuales a un estudio sobre las Ciencias de la información ya es, igualmente, revelador de la incidencia que las cuestiones de orden informativo y, por supuesto, documental, tienen en nuestros días.

Ahora bien, la posesión de esos grandes artilugios electrónicos por parte de los grandes centros estatales, sean universitarios o del Consejo —los Centros de cálculo, las máquinas tabuladoras, etc.—, con personal apropiado para manejarlos, obliga una vez más, en esa permanente renovación de técnicas de hoy día, a conocer la metodología al efecto. De ahí que una de las exigencias actuales sea el conocimiento, como un instrumento más para facilitar la investigación, de las técnicas más idóneas para el tratamiento de la información documental. La carencia de esa metodología o de los medios económicos a nivel de Departamento para costear los gastos, plantea un dilema realmente desconsolador: abandono de la tarea emprendida o seguir con el sistema tradicional a sabiendas que eso supone un anacronismo por el vano esfuerzo de tiempo y energía dispensada en esa labor. La creación de Seminarios que enseñen la aplicación de esas técnicas para el tratamiento de la información puede ser, y lo es en efecto, una ayuda realmente positiva en cuanto facilite la aceleración de los procesos operativos previos a la ultimación de las tablas pertinentes, trazado de los gráficos y ulterior explicación.

#### *La información y documentación centralizada.*

Cualesquiera que sean las materias, la información y documentación existente es sobremanera abundante, tanta, que es susceptible, en ocasiones, de crear desorden. En el madrileño *Arriba* del jueves 12 de enero de

1970, página 10, se lee: “Tal es hoy día la inmensa cantidad de material informativo de que el hombre de ciencia dispone para cualquier estudio, cualquier investigación, que forzosamente ha de limitar su campo; ha de acotar el terreno de que debe ocuparse... Si el hombre de ciencia dispone de un exceso de información, ha de seleccionar, ordenar, condensar...”.

La información, no obstante, escapa al interés exclusivo del profesional. Existen otras gamas amplias de actividades que la exigen igualmente, bien con fines mercantiles o simplemente divulgadores. La publicidad en el primer caso y las tareas acometidas por el periodismo científico en el segundo, son dos muestras indicativas de esta inquietud. Bajo el patrocinio del Servicio Informativo Español (S. I. E.), del Ministerio de Información y Turismo, Manuel Calvo Hernando publicó *Ciencia española actual* (Madrid, 1968, 144 págs.), en la serie Documentos Informativos (volumen 16), reveladora de la inquietud investigadora que florece en una serie, limitada en la exposición, de centros del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Madrid. Un contenido más amplio y menos específico son las diversas obras que auspicia la Secretaría General Técnica del citado Ministerio, entre otras, su *Repertorio de la información española* (Madrid, 1969, 60 págs.), de la misma manera que los Documentos Informativos, de circulación restringida, del Servicio de Publicaciones del Ministerio de la Vivienda ofrecen, igualmente, materiales privativos de su proyección en la vida nacional, a través de sus distintas series.

En una época, sin embargo, en que la cultura y la curiosidad desborda los ámbitos tradicionales, la información concreta de temas nacionales canalizada a través de la prensa —espléndido papel el de las Hemerotecas— constituye para el curioso lector un excelente medio de educación. Los nombres de Miguel Masriera, con sus crónicas científicas en *La Vanguardia Española*, de Luciano Pereña con sus artículos de Derecho Internacional, o de Miguel Durán-Lóriga, con sus colaboraciones en orden a los problemas urbanísticos, son simples muestras de la proyección informativa del especialista. ¿Y qué decir de la fuerza persuasiva de los medios audiovisuales con la radio, el cine documental y, sobre todo, la televisión? ¿Acaso la doble sesión de “El hombre y el tiempo” no constituye la elección que mayor número de personas, de todos los niveles, siguen con atención las incidencias atmosféricas de cada día? Bien puede decirse que la información meteorológica, con el estudio dinámico de los cambios de tiempo, ha alcanzado carta de naturaleza entre la opinión a través de la sobriedad expositiva —y gráfica— de los presentadores.

Si la información cara al gran público es patente, para el científico precisa, además, la constitución de organismos “ad hoc” para manipular las noticias y la documentación a tono con su peculiar especialidad. En ocasiones estos organismos ostentan una proyección universal. Tales son,

entre otros, los Servicios de Información de la UNESCO, de la Comunidad Económica Europea o de la OCDE, tan modélicos por tantas cosas. Las grandes Bibliografías Internacionales, con años de servicio y de tradición, confieren, igualmente, una positiva ayuda a las tareas culturales por encima de las fronteras. La existencia en el seno de los diversos países de Centros especializados, constituye, en último término, lo que se ha dado en llamar Centros de Documentación.

La información es cara. Por eso, la adquisición de materiales documentales: libros, revistas, dotación de personal, instalaciones, máquinas clasificadoras, etc., requiere abundantes medios financieros. El entretenimiento es obligado. Pero lo es más todavía la renovación de existencias, la puesta al día con el paulatino "vaciado" de las publicaciones que con mayor o menor periodicidad llegan a ocupar sus estantes. A veces, demasiadas veces, los medios económicos son escasos si no nulos, pero en la medida de lo posible puede incluso hacerse un buen servicio inventariando las publicaciones que, siquiera a otros centros propios, coordinados o independientes, siguen llegando. La confección incluso de listas de "desideratas" o libros de posible adquisición, en las distintas materias, es asimismo un ideal pocas veces conseguido si no es a fuer de una inquietud meramente personal. Además, con la existencia de tantos "micro-feudos" como existen en la vida intelectual, la necesidad de llegar a conocer, globalmente para el especialista, las nuevas adquisiciones, facilitaría a escala regional el manejo de un material de indudable importancia.

Si la Biblioteca Nacional en Madrid o la Biblioteca Central en Barcelona confeccionan esas listas periódicas de adquisiciones, si las distintas Facultades lo hacen igualmente para su profesorado habitual, si algunos Centros de Investigación lo facilitan también a su personal propio, falta, por supuesto, una información centralizada sobre la cuestión. Si la labor del Instituto Nacional del Libro Español es realmente encomiable, lo mismo que la de otros organismos científicos, las adquisiciones por especialidades son más difíciles de controlar y, por supuesto, de localizar si no es a expensas de un interés y esfuerzo puramente individual, con asistencia a esos centros varios o con desembolsos realmente onerosos a título meramente personal.

Informar o Documentar, de una parte. Relacionar o aproximar, de otra, pueden ser dos polos coadyuvantes para encauzar un trabajo ulterior que abreviará muchos esfuerzos más o menos baldíos de otro modo.

### *Claroscuros de la información científica.*

En la vida intelectual pululan siempre una serie de cuestiones que dificultan grandemente toda conexión ulterior. En tanto que existen deter-

minados Centros o secciones que disponen de notorias facilidades en orden a la adquisición de materiales, otros carecen casi de lo indispensable para subsistir. Entonces, para seguir medianamente al corriente de las actividades desplegadas por doquier, ha de acudir a otros Centros, generosos en su apertura, que libremente ponen a disposición sus caudales bibliográficos o documentales varios. Ciertas situaciones, tan inoperantes de suyo, resultan en ocasiones más difíciles por un alejamiento físico o de otro tipo que obstaculiza una penetración y, por supuesto, una participación. Si la información se consigue a la postre, lo es poco menos que a regañadientes o a título de esfuerzo personal. Y si se trata de tomar en préstamo algunas de las obras más notorias, más recientes o de difícil adquisición, eso es ya otro cantar...

Con la permanencia de esas situaciones, todos padecen y nadie se beneficia. Si sale perjudicado el profesional, no lo es menos el alumno y, de manera singular, el postgraduado que no puede acceder a esos fondos si no es por "graciosa concesión". Estas cuestiones que rozan abiertamente la problemática escolar plantean una doble inquietud, que afecta al alumnado y, también, a la creación de organismos y centros de documentación.

El alejamiento de los medios docentes universitario del autor puede provocar, acaso, una visión un tanto deformada de los hechos. No obstante, las experiencias acumuladas en lustros precedentes en la vida académica revelan, y hoy con más incidencia a causa del mayor número de alumnos, un cierto paralelismo de entonces y ahora.

La culminación de unos estudios, la adquisición del grado, supone una serie de pruebas superadas con ayuda de unos "apuntes", poco contrastados. Si la redacción de una Memoria de licenciatura ayuda a completar notorias lagunas formativas, eso no es óbice para que éstas sigan existiendo, con desconocimiento incluso de manuales y tratados básicos, de instrumentos cartográficos, de guías de carácter informativo profesional que luego han de capacitar al alumno en la preparación de unas oposiciones, de unos concursos o en el ahondamiento de unos estudios de investigación. La importancia que en este sentido tienen los Seminarios se desprende por sí sola, máxime si se hallan completados por una tutoría intelectual modeladora y encauzadora de las actividades de los escolares. En determinadas disciplinas de las ciencias sociales y de las humanidades —en modo alguno de las experimentales o tecnológicas—, la información científica cara a los alumnos tiene dos modalidades: una, implantada ya en los medios universitarios y en los centros de investigación, y otra, "en potencia", únicamente desempeñada por entidades privadas: los cursos nocturnos y la enseñanza por correspondencia. En ambos casos, las condiciones son enteramente diferentes por parte del alumnado habitual. Mayoría de edad, otras ocupaciones durante el día, etc., exigen una depura-

ción de conocimientos a adquirir a tono con su peculiar mentalidad. Si los Cursos de Formación acelerada son una realidad en la aprehensión de una técnica manual, no lo es tanto en una disciplina humanística o social. No obstante, las circunstancias mandan y es de esperar que los objetivos a cumplir por los Institutos de ciencias de la educación colmen algunas de las deficiencias que en estas enseñanzas especiales —nocturnas y por correspondencia si algún día llegan a implantarse— existen en orden a la capacitación del alumnado. Técnicas pedagógicas..., informaciones científicas, “condensadas y digeridas”, explicaciones comentadas, triunfo de la imagen... son, con las enseñanzas programadas, metas particularmente deseadas entre los alumnos tardíos, alguno de los cuales ha de sentirse arrastrado por el “virus” de la investigación.

Pero no es cosa pura y simplemente de los alumnos. En los días presentes que tanto se habla de coordinación y de permeabilidad profesional cara a los alumnos, las palabras pronunciadas otrora por una figura insigne de la docencia médica barcelonesa, profesor don Agustín Pedro y Pons, conservan todo su valor. En su “Discurso de ingreso en la Real Academia Nacional de Medicina”, y que recoge *La Vanguardia Española*, de Barcelona, en su ejemplar del 20 de marzo de 1969, página 9, cuyas son estas palabras: “El profesor universitario tiene una misión esencial a cumplir: transmitir su saber enseñar. El catedrático es elegido para que enseñe; esto que es obvio, en ocasiones conviene recordarlo. El profesor universitario —continúa— tiene la misión de enseñar por encima de todas las demás, pues para esto ha sido elegido. Esta es la única exigencia a la que debe responder ante su conciencia sin excusa alguna. El enseñar debe prodigarse como hacemos el bien, sin mirar a quién...”. Todo el texto del discurso rezuma humanidad, cara al alumno, cara a la sociedad... ;Digna lección magistral, digno maestro!

Si las inquietudes de los escolares, normales o tardíos, es clara en orden a la adquisición de sus conocimientos; si las escaseces de profesionales, docentes o investigadores, es cosa sabida, la creación en fechas recientes de centros y organismos, que “duplica, aparentemente al menos, ciertas funciones, provoca roces de índole informativo-documental indudables. Si toda duplicidad ha de ser saludada con alborozo cuando es en bien de la Ciencia, esa misma duplicidad puede implicar “retramientos presupuestarios” en organismos ya dotados so capa de “potenciar” otros pocos ya creados. Entonces ya es para dudar en principio de la eficacia de la medida renovadora.

Cuatro organismos oficiales, ligados al tratamiento de la información documental, son brevemente enjuiciados, completados por un quinto auspiciado por la Confederación Española de las Cajas de Ahorros. Aquellos son: el Instituto de Informática, el Centro de Información y Documenta-

ción —el C. I. D.— del Patronato “Juan de la Cierva” del C. S. I. C., la reciente creación del Servicio Nacional de Información Científica y Técnica y, por último, la instauración ha poco del Instituto Bibliográfico Hispánico. No es caso de referirse aquí a las tareas acometidas por el Instituto Nacional del Libro Español, con un cometido muy específico, ni tampoco a los empeños del Instituto “Nicolás Antonio” de Bibliografía, del C. S. I. C. Por otra parte, no puede menos de recordarse, siquiera en forma sucinta el Curso de Información y Documentación Española organizada el pasado 14 de abril de 1970 por el Instituto de Cultura Hispánica, casi coincidente en los mismos días por la Reunión en Madrid de la Federación Internacional de Documentación —la F. I. D.—, editora y propietaria de la Clasificación Decimal Universal, reunión celebrada en el Instituto de Racionalización del Trabajo (Serrano, 150). Los mismos Cursillos de Información administrativa para periodistas impartidos en la Presidencia de Gobierno, etc., y tantos otros más prueban cómo el mundo de la información invade todos los estamentos de la vida profesional y cotidiana de nuestros días.

El *Instituto de Informática* es una creación reciente. En una de sus minicrónicas publicadas en el madrileño *Arriba* (23 de marzo de 1969, página 5), el periodista Octavio Roncero decía así, con estos titulares: “*El Instituto de Informática, instrumento para la enseñanza*”. Suyas son igualmente estas palabras: “La creación en el último Consejo de Ministros del Instituto de Informática era algo que el momento presente hacía obligado. La multitud de documentación y de técnicas e instrumentos formidables para su tratamiento obligan a un Estado moderno a contar con un Centro donde se coordinen y aunen todos los esfuerzos que en este campo se producen, recogiendo todas las fuentes tanto de dentro como de fuera de España para que en todas las parcelas del saber se pueda tener un conocimiento actualizado de todos los logros”.

Si este Instituto es una realidad, si lo son igualmente la serie de Centros de Cálculo y Ordenadores que en distintos Centros del C. S. I. C., y también en la Universidad, van incrementando su número y sus tareas, son hechos que han sido sancionados con el reciente Seminario celebrado en Madrid, abril de 1970, sobre la Cibernética y sus aplicaciones científicas en el mundo de la documentación, cuestión a la que habitualmente dedica su atención en una proyección realmente encomiable el periodista de *Ya*, Calvo Hernando.

— En 1953, el *Centro de Información y Documentación* del Patronato “Juan de la Cierva” —el C. I. D.— empieza a desempeñar su cometido con la difusión de las investigaciones y estudios científicos-técnicos realizada a través de las revistas e informes, tarea esencial en toda labor de investigación (básica o aplicada), por cuanto implica casi siempre una revi-

sión y actualización del nivel y metas alcanzadas en los distintos sectores de la producción. Entre otros números, *El Economista* (Madrid), del 21 de febrero de 1970, pág. 455, dice: "A la necesidad documentaria responde el Servicio de "Resúmenes de artículos científicos y técnicos del C. I. D., cuyo material de partida se obtiene a través del análisis, por especialistas, de más de 2.000 revistas españolas e iberoamericanas, así como publicadas en los países que marchan en cabeza en el campo de la ciencia y de la técnica. La finalidad de este Servicio es que los países de habla española y, dentro de ellos, los investigadores, los dirigentes de empresas industriales y todos los interesados en el desarrollo científico y técnico español pueden tener una rápida información de su propia lengua. El material de los "Resúmenes" se articula en cinco series: Química industrial, Física aplicada, Ciencia y Técnica de los metales, Ingeniería y Tecnologías varias y Economía de la Empresa. En los 17 fascículos que integran las cinco series —está prevista su aplicación hasta 25— se insertan más de 40.000 resúmenes al año. Para cada serie se publica un Índice anual de materias con objeto de facilitar al usuario la consulta del material publicado durante el año sobre un tema dado".

— *El Servicio de Información Científica y Técnica, de Educación y Técnica*. Con tres lustros respecto a los inicios del C. I. D. del Patronato "Juan de la Cierva", el Ministerio de Educación y Ciencia dispone la creación de un Grupo de trabajo, con la misión de "planificar el funcionamiento de un Servicio Nacional de Información Científica y Técnica".

Una vez más la prensa diaria nos pone al corriente. En su ejemplar del 27 de noviembre de 1968, miércoles, pág. 6, *La Vanguardia Española* se hace eco de esta noticia a tenor del siguiente texto: "El extraordinario desarrollo adquirido por las publicaciones de carácter científico y técnico en los últimos veinte años y la complejidad de las mismas, juntamente con el aumento reciente del número de investigadores o personas dedicadas a las tareas de la investigación y el importantísimo papel que esta última juega en el progreso de un país, hacen de la Información un producto nacional de importancia crítica. Dado el volumen de la documentación a tratar, sólo un sistema de carácter nacional puede garantizar que la documentación producida llegue con rapidez a manos de los investigadores. Formarán parte de este grupo de trabajo representantes del Gabinete Técnico del Ministerio de Educación y Ciencia, Hacienda, Presidencia del Gobierno, C. S. I. C. y otras diversas personas especializadas".

Un año más tarde, en la primera decena de diciembre de 1969, la prensa nacional vuelve a recoger la noticia, ya en marcha, de la creación del citado Servicio: *La Vanguardia Española* y *Ya*, ambos de 10 de diciembre de 1969, páginas 7 y 35, respectivamente, lo mismo que *Arriba* de

*La información científica, pieza clave de la investigación* 87

11 de diciembre de 1969, pág. 11. Pese a su dimensión, no vacilamos en reproducir el texto de este último diario para comprender una reacción posterior:

“El Ministerio de Educación y Ciencia ha encargado a la Dirección General de Archivos y Bibliotecas la organización de un Servicio Nacional de Información Científica y Técnica que será la respuesta a la creciente demanda de información que exige un país en desarrollo. Sólo los países que disponen de adecuados servicios de esta naturaleza han alcanzado los beneficios que se derivan de una sociedad industrializada y los que aspiran a colocarse en los niveles de la sociedad postindustrial, realizan enormes esfuerzos y comprometen elevados créditos para adquirir y controlar el conjunto de los conocimientos que componen el patrimonio científico de la Humanidad.

La complejidad de estos conocimientos en volumen y, sobre todo, la relación de aumento anual adquiere ya caracteres impresionantes: cerca de dos millones de artículos de revista, más de 700.000 Informes y entre 100 y 120.000 patentes industriales aparecen publicadas anualmente en los más distantes países y en las más variadas lenguas.

La posibilidad de disponer de la simple noticia de su aparición desborda ya la capacidad del hombre de ciencia aislado e incluso de instituciones bien organizadas. Se impone buscar soluciones a escala normal puesto que el progreso de todo un país está en relación con el desarrollo de su propia investigación. Así lo reconoció la Tercera Conferencia Ministerial de la O. C. D. E., de mayo de 1968, que recomendó a sus países miembros la creación de Servicios Nacionales y en esta línea se encuentra el nuestro.

Este Servicio ha comenzado ya a trabajar, y mientras utiliza los estudios para mecanizar los medios de información, ha realizado el Inventario de las publicaciones periódicas de carácter científico y técnico que se reciben en España y tiene dispuestos los equipos para difundir la documentación contenida en ella en forma de fotocopias, microfílm o microficha.

La puesta en marcha de este Servicio va a suponer un Plan de Igualdad de Oportunidades para quienes cultivan la Ciencia o su aplicación tecnológica en España. Mediante un plan de interconexión, toda la documentación que se recibe en cualquiera de las instituciones científicas o docente del país, estará a disposición de cada uno de los científicos o de los técnicos cualquiera que sea su localización geográfica o su situación administrativa.”

Cual si fuese una reprobación tácita de la duplicidad, en las mismas páginas, 35 en *Ya*, 7 en *Arriba*, de los días 10 y 11 de diciembre de 1969, en uno y otro caso, al pie de la nota precedente, se inserta otra, más escueta, de los comienzos de la Primera Asamblea anual del Centro de Información y Documentación del Patronato (Juan de la Cierva”.

Esta aparente e incongruente duplicidad de funciones entre dos or-

ganismos del mismo Ministerio de Educación y Ciencia, autónomo uno, el del Patronato "Juan de la Cierva" y adscrito directamente, el nuevo Servicio, da lugar a que Octavio Roncero publique en su sección habitual de *Arriba* (11 de diciembre de 1969, pág. 5), una crónica ajustada con el título: "Vocación de vivir en común. La moral colectiva, una necesidad para obtener resultados prácticos".

Inoperancia colectiva y dispersión de esfuerzos... son dos de sus epígrafes más destacados. Inoperancia colectiva:

"... cualquiera pensaría que un medio muy eficaz para conseguir aún más de lo conseguido por el C. I. D. desde 1953, sería potenciarlo económicamente, dedicar la parte que se destinara a este nuevo Servicio de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, a hacerle más incisivo, más eficaz..."

Dispersión de esfuerzos:

"... es una cosa que no puede permitirse un país en desarrollo todos los días. Este tejer y destejer de la Administración española, que dice Octavio Roncero.

Con ese epígrafe precisamente, "Tejer y destejer de la Administración", don Luis Sánchez Belda, a la sazón director general de Archivos y Bibliotecas, dirige una carta a *Arriba*, que publica el 14 de diciembre de 1969, página 6, y de la que entresacamos los siguientes párrafos:

"... no entra en nuestros cálculos la anulación del Centro de Información y Documentación del Patronato "Juan de la Cierva". Cada uno tiene su campo específico y ayudaremos a que lo cultiven mejor, mientras sean útiles a la comunidad nacional. Pero la existencia de estos centros especializados no impide que haya un Servicio Nacional encargado de aunar esfuerzos y coordinarlos, unificar sistemas y nutrir campos que pueden quedar abandonados. Todo ello, precisamente, para evitar la dispersión y la desconexión que se producen cuando las iniciativas no responden a un plan de conjunto.

No se trata —prosigue— de imitar lo que se hace en el extranjero, sino de poner en práctica una recomendación de la O. C. D. E., que conoce a fondo el problema y que, en vistas de la suma de esfuerzos y recursos que se están gastando en todos los países para atender la necesidad de la información científica, recomendó a sus países miembros en su Tercera Conferencia Ministerial (mayo de 1968), que crearan un Organismo Central, único y de nivel elevado, encargado de todas las actividades nacionales concernientes a la Información científica y técnica."

Hasta aquí son las palabras del director general de Archivos y Bibliotecas. No serán las últimas, como veremos dentro de poco.

*La información científica, pieza clave de la investigación* 89

— *Creación del Instituto Bibliográfico Hispánico*. “La Vanguardia Española”, de Barcelona, en su ejemplar del día 17 de marzo de 1970, página 8, alude a ello, dependiente del Ministerio de Educación y Ciencia y como órgano de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas.

“En este Instituto —reproducimos textualmente— quedan integradas las funciones atribuidas al Servicio de Depósito Legal de Obras Impresas, al Servicio Nacional de Información Bibliográfica y a la Comisión Nacional de Planificación y Coordinación bibliográfica. Por todo ello, le corresponde: hacer cumplir estrictamente lo legislado en material legal; redactar y *publicar la bibliografía nacional española* de forma que la información sobre la misma llegue eficazmente a todas las esferas interesadas en ella; recoger la información relativa a la producción bibliográfica de los demás países de lengua hispana; recoger la bibliografía referente a España; informar a las bibliotecas, instituciones y particulares que lo soliciten, etc.”

El Reglamento de régimen interior del Instituto será dado por el ministro de Educación y Ciencia y publicado en un plazo no superior a los seis meses.”

Sin quitar ni poner rey, podríamos retrotraernos a la correspondencia señalada anteriormente en el madrileño *Arriba*, al mismo tiempo que nos preguntamos acerca de la labor que tiene en sus manos el Instituto Nacional del Libro Español —el I. N. L. E.—, como también las actividades que impulsa el Instituto “Nicolás Antonio”, de Información y Orientación Bibliográfica, del C. S. I. C., con su revista *Bibliotheca Hispana*, en su doble sección de Letras y Ciencias y su más que centenar de volúmenes publicados bajo la égida de ese hombre bueno que es don Amadeo Tortajada.

Problemas de espacio nos llevan a cerrar esta exposición. Pero antes queremos destacar, en la imposibilidad de aludir a los Servicios de Información Científica de otras disciplinas, así ya, de manera específica, dos hechos de singular interés. La reciente creación de un Centro de Documentación de la Confederación Española de las Cajas de Ahorro y, también, unas declaraciones que, expuestas genéricamente, hacen sonreír si no se advierte la “razón de ser” de las mismas.

— *El Centro Documental de la C. E. C. A.* Como señala Miguel Allué Escudero, secretario general de la Confederación Española de las Cajas de Ahorro, en el prólogo (pág. 7) a la *Bibliografía del Ahorro, Cajas de Ahorro y Montes de Piedad* (Madrid, 1969, 2 tomos) :

“En virtud de un acuerdo de la Asamblea General de las Cajas de Ahorro en el año 1967, se creó el Fondo para la Investigación Económica y Social..., “foco que irradie criterios para la defensa del ahorro..., que debe

*abarcar un gran Centro documental*, publicaciones periódicas de altura científica, elaboración de temas de artículos para la prensa, trabajos monográficos, ayudas a la investigación —Alcalá, 29, Madrid—, becas, ayudas para elaboración de tesis doctorales, gabinete económico de estudios.

Cuando la Junta Rectora —pág. 8— celebró sus primeras sesiones y el director del recién nacido Fondo dio los primeros pasos para la constitución y puesta en marcha del mismo, uno de los primeros objetivos, si no el primero, que hubieron de fijarse fue la creación de un gran Centro de Documentación, que fuese auxiliar imprescindible, arsenal de datos e información suficiente para que los científicos, estudiosos e investigadores que al calor de este Centro emprendiesen trabajos y estudios...

El mecenazgo del Fondo —y Centro documental— tiene una realidad. Entre otras publicaciones ahí está, además de la *Bibliografía del Ahorro*, de López Yepes, Memoria de licenciatura leída el 18 de octubre de 1968 en la Facultad de Letras madrileña, dirigida precisamente por el mismo profesor, autor de otra publicada bajo los auspicios del Fondo: *"España. Atlas e índices de sus términos municipales"*. Otros trabajos varios descuellan, de manera singular los que encaran los problemas metodológicos cara a la documentación y a la investigación sociológica.

Esta proliferación de centros, oficiales y oficiosos, deja en pie muchas cuestiones, una de las cuales, y no es la menor, es el problema de personal, de coordinación, de medios, etc. Si a lo largo de las páginas precedentes hemos recurrido repetidas veces a ese medio de información de masas que, por todos reconocido, es la prensa, y cuyo rango —el de sus estudios— ha sido hace poco reconocido a nivel universitario, queremos terminar esta exposición parcial de un tema mucho más vasto que implicaría una particular atención a los problemas de información documental específicos de las distintas disciplinas con una última invocación. *"Mayor tiempo para los científicos. Podrán ahorrar las tres cuartas partes del tiempo que dedican a la lectura"*, son declaraciones que recoge el madrileño Arriba de 19 de febrero de 1970, pág. 19, formuladas por el director general de Archivos y Bibliotecas. *"Los investigadores españoles trabajarán más y leerán menos. Se ha creado el Servicio de Información para facilitar la labor de los científicos."* El Departamento depende de Archivos y Bibliotecas, según el matutino madrileño Ya del día 18 de febrero de 1970, pág. 15.

Los titulares periodísticos dicen la verdad a medias con esos titulares, toda vez que su formulador, archivero de ilustre prosapia profesional, alude a la aplicación de modernos medios de utilización de técnicas especialmente aptas para las investigaciones en el campo de las Humanidades. Por otra parte, todo intento de ahorrar ese tiempo para la lectura es, fuera de esos casos específicos, una afirmación un tanto pueril, ya que

*La información científica, pieza clave de la investigación* 91

la función crítica del profesional no puede ser sustituida por ningún otro que no lo sea, y aun depende del nivel. La recopilación es una tarea encomiable siempre, pero, en bastantes casos, mecánica. La lectura, la consulta del mapa o foto, la encuesta, son y serán siempre pasos medidos o contados en busca, una vez más y siempre, de la Verdad.

ÁNGEL ABASCAL GARAYOA.